

Gauchet, M. (2026): *Comment pensent les démocraties. Les ressorts cachés des idéologies*. Paris: Albin Michel

Eguzki Urteaga Olano

Universidad del País Vasco ✉ <https://dx.doi.org/10.5209/resf.107604>

Recibido: 05/02/2026 • Aceptado: 13/04/2026

Marcel Gauchet acaba de publicar su último libro, titulado *Comment pensent les démocraties. Les ressorts cachés des idéologies*, en la editorial Albin Michel. Conviene recordar que el autor es director de estudios emérito en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) e investigador en el CESPRA. Situada en el cruce de la antropología, de la filosofía y de la política, su obra está dedicada esencialmente a la historia de la democracia. “El proyecto de antropología democrática supera el ámbito de la historia política y se presenta como una reflexión filosófica sobre la convivencia, la autonomía como programa colectivo, la asociación de la soberanía personal y de la soberanía política. Es la razón por la cual sus libros analizan la historia del Estado, la historia política de la religión, la historia de la aparición del individuo y la historia de las formas políticas en Francia desde la Revolución” (Universalis, 2026). Entre sus obras más relevantes podemos citar *Le désenchantement du monde* (1985), *La révolution des droits de l’homme* (1989), *La démocratie contre elle-même* (2002) y *Le nœud démocratique* (2024). Además de ser Caballero de la Legión de Honor (2007) y Oficial del Orden de las Artes y Letras (2002), ha recibido varios galardones, tales como el Premio Europeo del Ensayo (2018) y el Premio Guizot (2019).

En la presente obra, Gauchet analiza el rol desempeñado por las ideologías, que estructuran las identidades políticas e inspiran los principales movimientos de opinión, en las democracias contemporáneas. Surgidas en el siglo XIX, las ideologías sustituyen las religiones como parrillas de lectura de la realidad a medida que las sociedades miran hacia el futuro en lugar de aludir al pasado. El autor se interesa a los fundamentos de la ideología para dar cuenta de su aparición y su posterior auge. Pone de manifiesto la dinámica política propia de las sociedades con historicidad que genera, en función de las coyunturas, unos horizontes de lo pensable y de lo creíble. Esta mirada permite reinterpretar los orígenes, los contenidos y las trayectorias de las ideologías que han dominado, de forma sucesiva, las mentalidades de cada época. Así, ofrece una historia intelectual renovada de la experiencia democrática, concediendo un lugar relevante al neoliberalismo que transforma en profundidad los puntos de referencia políticos y sociales a partir de los años setenta del pasado siglo.

Desde el inicio del libro, Gauchet reconoce que el concepto de ideología es, a la vez, sospechoso e insustituible. Sospechoso porque se hace un uso inmoderado y polémico del mismo, que es acusado de generar controversias públicas y de descalificar al oponente. A su vez, se abusa de él, utilizándolo para designar realidades muy diversas. No en vano, es fundamental, dado que “capta una dimensión esencial de la experiencia política de [la modernidad]. Indica un aspecto capital del funcionamiento de los regímenes de opinión que son las democracias [contemporáneas]” (p. 7). A partir del momento en que las ideas irrumpen en política, “es decir que están hechas para reunir y actuar, (...) adquieren un estatus aparte. Ese destino justifica, para las que tienen la mayor capacidad de federar y de hacer actuar, la denominación de ideologías” (p. 7). Por definición, las ideologías están sometidas a la realidad y están acusadas de alejarse de ella. En semejante óptica, la ideología es definida por su divorcio con la realidad. Además, “en la batalla de las ideas, la palabra *ideología* representa simultáneamente el arma del pobre y un arma poderosa” (p. 8).

En ese sentido, la ideología es, a la vez, “el inventario respetuoso de las ideas políticas en sí mismas y por sí mismas”, y “la puesta en acusación, fundamentada o no, de la preferencia de la idea sobre la realidad, e incluso de la violencia ejercida sobre la realidad en nombre de las ideas. Ambas concepciones están condenadas a coexistir” (p. 8). Lo cierto es que todas las sociedades humanas están atravesadas por ideas que “explican su orden, lo justifican, lo legitiman”, ya que ninguna se conforma con imponer

sus deseos por la fuerza. Pero, pocas sociedades “han convertido ese orden en objeto de una discusión abierta, que desemboca además en unas orientaciones en materia de acción colectiva” (p. 8). La filosofía griega de la Antigüedad y su apropiación por el pensamiento moderno europeo, además de sistematizar su reflexión, “han dado un alcance incomparable a esta reflexión de la sociedad sobre sí misma, ampliando y profundizando el campo de la confrontación entre lecturas rivales del mecanismo social y de los correctivos que conviene aportarle. La ideología es el producto de esa apertura. Representa su puesta en forma. Su naturaleza y su función se aclaran a la luz de esa iluminación” (p. 8).

Esto se produce con el paso a la historicidad de las sociedades a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. De hecho, la ruptura más decisiva, que surtirá efectos directos en las ideas y en la vida social, acontece con el desarrollo de la modernidad. El surgimiento del Estado moderno, de la Razón y de la Razón de Estado se compaginan con la difusión de la doctrina de los derechos individuales y la creencia en el progreso que repercuten en la realidad social y política. La Ilustración y la Revolución francesa de 1789 son pruebas de ello. Esta reorganización de la temporalidad no surge de la nada, sino que está “preparada por la revolución de lo político, ocurrida durante los siglos XVI y XVII, que había provisto las comunidades de reflexión y de acción sobre sí mismas y, por lo tanto, goza de un poderoso potencial de cambio. Había sido preparada por la revolución del derecho que, consagrando el principio de la independencia individual, ha dado lugar al actor de un libre cambio” (p. 9).

Si la modernidad se beneficia de los logros anteriores y les procura un cauce del que carecían hasta la fecha, introduce un cambio temporal que repercute en la estructuración de los órganos políticos y en la remodelación de las referencias de la experiencia colectiva. Se produce una revolución cultural, dado que, de centrarse en el pasado, las sociedades se proyectan en el futuro, lo que provoca una inversión de la relación entre el poder y la sociedad. En efecto, dado que la legitimidad proviene del movimiento y no de la conservación, lo que justificaba “la preeminencia de los antiguos poderes, [incumbe] a la sociedad comunicar con el poder. El gobierno representativo encuentra así su fundamento definitivo”. Por lo tanto, “la atribución del poder se convierte en objeto de una competencia abierta” (p. 10), lo que genera necesidades intelectuales inéditas. De hecho, se plantean nuevas preguntas: ¿Cómo interpretar el mundo? ¿Qué orientación conviene elegir? ¿Para quién votar en caso de elección? “La ideología es precisamente el discurso que se forma en respuesta a estas interrogaciones y para justificar las elecciones que resultan de ellas. Es el sistema de las representaciones y de los discursos generados por la actividad política en el seno de la sociedad en la historia” (p. 10).

Una vez identificada y analizada claramente, permite aportar “unas respuestas razonadas a las múltiples preguntas planteadas por el empleo de ese concepto” (pp. 10-11). En ese sentido, el presente libro “propone una teoría global del fenómeno ideológico a la luz de las implicaciones de ese salto en la historia”. Trata de poner de manifiesto “la conexión estrecha existente entre las grandes opciones propuestas a los ciudadanos y los engranajes organizadores del campo democrático”. Si es obvio que son los actores los que piensan y no las democracias, es cierto que “inspiran y enmarcan sus pensamientos, de tal forma que podamos preguntarnos si las democracias no piensan a través de sus actores” (p. 11).

El libro se divide en seis capítulos. El primero, titulado *La carrera azarosa de una noción de fortuna* (pp. 13-47), realiza un repaso de la historia accidentada de esta noción. Su creador, Destutt de Tracy, propuso en 1796, ante el Instituto Nacional de las Ciencias y de las Artes, el término *ideología* para designar la ciencia de las ideas, diferente de la “ciencia del alma” que constituye la psicología y alejado de cualquier connotación política. No en vano, la noción de ideología irrumpe en el debate público tras la llegada al poder de Napoleón Bonaparte que la utiliza para descalificar a sus oponentes. Posteriormente, aunque haga un uso moderado de la palabra *ideología*, Hegel le da una especial resonancia en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* (Hegel, 1830/1967). Invirtiendo la perspectiva hegeliana y privilegiando una óptica materialista, Marx y Engels abordan la cuestión de la ideología en su obra *La ideología alemana* (1846/1968) desde una doble perspectiva: por un lado, la ideología, al igual que la religión o la política, como componentes de la superestructura, son la mera traducción de la infraestructura económica, y, por otro lado, la ideología es el instrumento utilizado por las clases dominantes para legitimar las relaciones de clase. Luego, el fortalecimiento de la conciencia de clase y la creación de partidos políticos, en su afán de acceder al poder a través de la revolución o de las elecciones, genera una necesidad de interpretar la realidad y de movilizar a la población, lo que propicia la constitución y posterior difusión de las ideologías.

El segundo capítulo, que se titula *El pasado de la historia* (pp. 47-68), cuestiona la visión marxista de la ideología. Si bien Gauchet comparte la idea de que la ideología es un fenómeno específicamente moderno, inseparable de la sociedad burguesa, capitalista e industrial, estima que es un error extender “el concepto de ideología a todos los sistemas de representación colectiva del pasado, incluso religiosos” (p. 47). De hecho, la ideología introduce una dimensión secular a la existencia colectiva y mira hacia el futuro en lugar de referirse al pasado. Y esta divergencia sobre las orientaciones temporales no se reduce a una diferencia de contenido cultural, sino que “conciernen la organización de la vida social en su globalidad”. En ese sentido, “paseismo y futurismo son los ejes que organizan las dos maneras de estar en sociedad o, [si se prefiere], los ejes temporales de los modos de estructuración de la convivencia que se hallan en las

antípodas una de la otra: el modo de estructuración heterónomo y el modo de estructuración autónomo” (p. 47).

En el tercer capítulo, que aborda la cuestión del sistema de las ideologías (pp. 69-122), el autor indica que se puede hablar de ideologías a partir del momento en que los actores tienen la posibilidad de elegir entre distintas orientaciones políticas en el marco de un régimen representativo, “sobre la base de una concepción del proceso histórico en el cual se inscribe la existencia colectiva”, sabiendo que la extensión del derecho al sufragio universal es una cuestión secundaria por el momento. De hecho, “las grandes identidades ideológicas se constituyen antes del sufragio universal” (p. 69). Además, las ideologías se caracterizan por su heterogeneidad interna y su pluralidad externa, en la medida en que distintas ideologías, que son dispares cada una, compiten en el espacio público, en un contexto marcado por la irreversibilidad del pasado, la apertura del presente y el carácter incierto del futuro. Las principales ideologías, que se trate del liberalismo o del socialismo, han estado marcadas por la filosofía alemana, la economía inglesa y la utopía francesa (p. 77).

El cuarto capítulo, que analiza la dominancia liberal (pp. 123-153), pone de manifiesto el hecho de que 1848 marca un punto de inflexión en la historia de la ideología con el “proceso de ideologización a través del cual los productos de la etapa de formación se difunden y sustituyen el antiguo discurso de legitimación religiosa, hasta el punto de convertirse en el lenguaje común de la vida política” (p. 124). Esto se produce en un contexto en el cual prevalece la sensación de que la historia está en marcha y predominan los términos “historia”, “nación” y “revolución” (p. 129). La revolución industrial, con el crecimiento económico y los cambios sociales que provoca, y la revolución científica, con sus aplicaciones técnicas, no son ajenas a esta situación. “Esta marcha colectiva hacia adelante en la conciencia común hará de la segunda mitad del siglo XIX el momento fastuoso de la filosofía de la historia” (p. 132) encarnada y promovida por Comte, Spencer y Marx. Esta renovación de lo pensable contribuye a dar crédito a la promesa socialista autorizando apostar por el futuro contra el presente.

El quinto capítulo, dedicado a la dominancia socialista (pp. 155-203), constata que, con la segunda revolución industrial y la entrada en la era de las masas a partir de 1880, “el relevo de la dominancia liberal por la dominancia socialista representa el episodio más confuso y dramático, por sus consecuencias, del itinerario de la ideología. Ha coincidido con la era de los extremismos, donde los paroxismos ideológicos han ocupado un lugar relevante, hasta el punto de suscitar, con las doctrinas totalitarias, una variedad inédita de ideologías” (p. 145). No en vano, con la vuelta de la democracia, la misma dominancia ha desembocado en los modelos socialdemócratas que se han alternado en el poder con la democracia-cristiana durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. A nivel ideológico, los Treinta Gloriosos (Fourastié, 1979) no han aportado nada significativamente nuevo, sino que han vivido sobre los logros del periodo anterior, “enriqueciéndola eventualmente de reformulaciones teóricas, pero sin modificar sus principales orientaciones” (p. 195).

El sexto capítulo, titulado *La dominancia neoliberal* (pp. 205-254), muestra cómo la estabilización democrática desemboca en el neoliberalismo. Disuelve la herencia heterónoma, al tiempo que la pone a su servicio. “La ha literalmente digerido nutriéndose de ella para fabricar el modo alternativo de constitución de la convivencia gracias a la cual la estructuración autónoma ha podido desplegarse plenamente” (p. 205). En realidad, se ha producido un cambio del sistema de producción de la unidad colectiva por otro. Traduciendo la acumulación durante tres décadas de cambios de diferente magnitud en numerosos ámbitos y propiciado por la crisis petrolífera de 1973, “la magnitud del cambio es tal que está justificado hablar de revolución de 1975 para designar el momento en el cual la inflexión que instala la dominancia neoliberal ha surtido efecto de manera notable” (p. 205). Consagra los derechos individuales en un contexto marcado por la globalización de la economía y la multiplicación de acuerdos de libre comercio. Desde el punto de vista de la experiencia personal, la instalación de la dominancia neoliberal provoca una inversión de las prioridades.

En el apartado de conclusiones, el autor aborda la cuestión del populismo, en un panorama marcado por el fortalecimiento de la división entre el bloque neoliberal globalista y la nebulosa populista. Esta última representa la oposición perfecta al neoliberalismo, propicia la convergencia de sus expresiones, “federa de manera no coordinada las frustraciones estructurales que suscita, a los que vienen agregarse las quejas económicas y sociales provocadas por él”. En ese sentido, el populismo revela “la contradicción interna que atraviesa el dispositivo colectivo proveniente de la retirada de la estructuración autónoma. (...) Entre su versión dominante y su versión dominada, no se trata de campos separados por un abismo infranqueable y comprometidos en una lucha a muerte, sino de dos lecturas antagónicas de la misma organización: lo político contra la política, la sociedad de individuos contra individuos sin sociedad, el presente contra el pasado y el porvenir contra el presente sin pasado ni futuro” (p. 258). Más allá de esta oposición, ambos comparten las mismas referencias y son solidarios en última estancia.

Al término de la lectura de la obra *Comment pensent les démocraties*, que se inscribe en la continuidad de los libros anteriores consagrados por el autor a la democracia, es obvio reconocer la gran actualidad que representa la ideología en las sociedades contemporáneas y las reconfiguraciones que ha conocido en

los últimos dos siglos. Muestra cómo la aparición y posterior proliferación de las ideologías es indisociable de la modernidad, con la mirada puesta en el futuro y el cambio, y la necesidad de elegir entre diferentes opciones políticas en el marco de regímenes representativos. Lo hace movilizándolo su amplia cultura filosófica, política e histórica, y utilizando un estilo fluido y un lenguaje ameno.

No en vano, al tratarse de un ensayo y no de una investigación universitaria al uso, Gauchet no profundiza ni fundamenta suficientemente los argumentos que avanza y se conforma a veces con realizar alusiones. Esta propensión puede estar vinculada a la abundante bibliografía consagrada por el autor a las democracias contemporáneas y a los retos a los que se enfrentan, de modo que no sienta la necesidad de ahondar ciertos aspectos y presuponga que el lector ha leído sus libros anteriores (Gauchet, 1998; 2002; 2007a; 2007b; 2024). A su vez, recurre abusivamente a generalidades y no hace gala, de manera sistemática, de la precisión que requiere cualquier trabajo científico.

Pero, más allá de estas reservas, la lectura de esta obra es recomendable para profundizar nuestra reflexión sobre las ideologías en las sociedades contemporáneas.

Referencias bibliográficas

- Engels, F. y Marx, K. (1846/1968): *L'idéologie allemande*. Paris: Editions Sociales.
- Fourastie, J. (1979): *Les Trente Glorieuses*. Paris: Fayard.
- Gauchet, M. (1985): *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*. Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (1989): *La révolution des droits de l'homme*. Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (1998): *La religion dans la démocratie*. Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (2002): *La démocratie contre elle-même*. Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (2007a): *La démocratie d'une crise à l'autre*. Paris: Editions Cécile Defaut.
- Gauchet, M. (2007b): *L'avènement de la démocratie*. Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (2024): *Le nœud démocratique: aux origines de la crise néolibérale*. Paris: Gallimard.
- Gauchet, M. (2026): *Comment pensent les démocraties. Les ressorts cachés des idéologies* Paris: Albin Michel.
- Hegel, G.W.F. (1830/1967): *Leçons sur la philosophie de l'histoire*. Paris: Vrin.
- Universalis (2026): *Marcel Gauchet*.
<https://www.universalis.fr/encyclopedie/marcel-gauchet/>